

tomado infinitas combinaciones: diciendo infinitas se incluyen todas sin exceptuar ninguna. Entre estas infinitas combinaciones de átomos, que han ido pasando sucesivamente, se han hecho todas las posibles (porque como el infinito es una cosa que no puede ser mayor, si hubiera una sola combinacion que no se hubiera hecho, y que por consiguiente pudiera añadirse á las que hubieran pasado, éstas no serian infinitas): luego la combinacion que compone el actual sistema del mundo es una de las muchas que los átomos han tomado sucesivamente. Establecido así este principio, ¿por qué nos hemos de admirar de que el mundo sea como es? Supuesto que ha pasado por todas las combinaciones imaginables, ha debido llegar tarde ó temprano á tomar ésta tan regular y maravillosa. La eternidad abraza todos los sistemas posibles, sin dejar uno solo. En esta infinita variedad de espectáculos de la naturaleza tenia su lugar este mundo en que estamos; como todos se debian ir sucediendo no podia dejar de llegar tambien éste, y así cuando le tocó la vez se formó. El mismo concurso de los átomos que lo hizo, lo volverá á deshacer para formar otros infinitos. Es, pues, ocioso buscar un arte imaginario en una obra que el acaso ha debido hacer del modo que la vemos.

“Con un ejemplo lo pondremos esto mas cla-

ro. Supongamos que el acaso ha hecho infinitas combinaciones de las letras del alfabeto: en este total infinito están seguramente encerradas todas las combinaciones posibles; y como la *Iliada* de Homero no es mas que una combinacion de letras, estaba tambien encerrada en esta coleccion de las infinitas combinaciones del alfabeto. Suponiendo este hecho, no discurrirá bien el que quiera encontrar artificio en la *Iliada*. En vano admirará la armonía de los versos, la exactitud y magnificencia de las espresiones, la naturalidad de las pinturas, la proporcion de las partes del poema, su unidad perfecta, y marcha inimitable. En vano exclamará, que el acaso no puede hacer una obra tan acabada, y que aun el último esfuerzo del entendimiento humano apenas podrá llegar á tanta perfeccion. Todo este raciocinio tan especioso, no concluirá. Será siempre cierto, que combinando el acaso los caracteres de infinitos modos, debió salir tarde ó temprano aquella combinacion que forma la *Iliada*; y así, cuando llegó nos encontramos acabada la *Iliada*, sin que hubieran trabajado en ella los hombres.” Ved ahí la objecion, referida con fidelidad y sin debilitar su fuerza. Ahora pido al lector que examine atentamente las respuestas que voy á dar.

No hay absurdo mayor que el hablar de combinaciones sucesivas de átomos, que hagan un nú-

mero infinito. El infinito ni puede ser sucesivo, ni divisible. Dadme ese número que llamais infinito, yo podré hacer con él dos cosas, que demostrarán que no lo es. Primero: puedo quitarle una unidad; entonces será menor de lo que era, y por consiguiente finito; porque lo que es menor que el infinito, tiene un término en aquel punto donde se queda, y por donde no puede pasar mas adelante. Pero el número, que quitándole una unidad es finito, no era infinito antes de quitársela: porque una unidad es cosa finita; y una cosa finita, añadida á otra cosa finita, no puede hacer un infinito. Si un número finito se hiciera infinito añadiéndole una sola unidad, seria preciso decir que lo finito era casi igual al infinito; lo cual es el mayor absurdo. Segundo: puedo añadir una unidad á este número, y por consiguiente aumentarlo. Pero lo que se puede aumentar, no es infinito; porque el infinito no puede tener límites; y lo que se puede aumentar está limitado ó terminado por aquella parte por donde puede ir mas léjos y recibir alguna unidad. Luego es evidente que ningun compuesto divisible puede ser verdaderamente finito.

Establecido este fundamento, se desvanece en un instante toda la novela de la filosofia de los epicúreos. Nunca podrá haber una sucesion verdaderamente infinita, ni un cuerpo divisible que

sea infinito en número, ni estension: tampoco podrá haber, pues, un número sucesivo de combinaciones de átomos que sea infinito. Si existiera este infinito imaginario, convengo en que se encontrarían en él todas las combinaciones posibles de los átomos; y por consiguiente, tambien se encontrarían aquellas que parecen mas artificiosas. Así podríamos atribuir al acaso todas las maravillas del arte, y cuando en una isla encontráramos palacios, relojes, libros, y toda especie de artefactos, no deberíamos decir, que en aquella isla habia habido hombres que los habian trabajado; sino que una de las infinitas combinaciones que habian tenido los átomos, los habia dispuesto de aquel modo tan regular. Este discurso era una consecuencia legítima de los principios de Epicuro; pero ella es tan absurda, que hace conocer bastante, cuán descabellados son los principios de donde ha salido. Cuando los hombres, guiados por sola la luz natural, infieren que estas obras no pueden proceder del acaso, suponen visiblemente, aunque de un modo confuso, que ni los átomos son eternos, ni son infinitas las combinaciones que han tenido: porque si se llegara á suponer este principio, ya no era posible distinguir las obras del arte de las que resultarían de estas combinaciones hechas por la ciega casualidad.

Y así todos los hombres, que naturalmente su-

ponen una diferencia palpable entre las obras del arte y las del acaso, suponen, aun sin haber estudiado, que las combinaciones de los átomos no han sido infinitas: y esta suposicion es muy racional; porque esta suposicion infinita de átomos, es, segun hemos demostrado, una quimera mas absurda que todos los absurdos que se quieren explicar con ella.

No hay número ninguno, ni sucesivo ni permanente, que pueda ser infinito: y así ni puede haber infinitos átomos, ni éstos han podido tener infinitas combinaciones y movimientos, ni el mundo puede ser eterno. Es, pues, indispensable llegar á un principio fijo y determinado, donde comenaron estas combinaciones, y á un individuo, que ha sido el primero en cada generacion, y á una forma, que fué la primera que tuvo cada una de las partes de la materia que componen el universo. Y como las mutaciones sucesivas de la materia no han pasado de un número determinado, no ha podido resultar de ellas, sino lo que regularmente resulta de las combinaciones casuales; á no ser que reconocamos una sabiduría superior, que haya hecho con un órden admirable lo que no ha podido hacer el acaso.

El sistema de los epicúreos es tan descabellado, que ni aun formarlos pueden, si no les dejamos suponer sin prueba ninguna cuantas fábulas

se les antojan. Suponea lo primero de todo, que los átomos son eternos. Esto es suponer lo que está en disputa. ¿De dónde sacan que los átomos han existido siempre, y que existen por sí mismos? Ser por sí mismo es la perfeccion mayor de todas; ¿con qué fundamento sientan que los átomos tienen por su esencia un sér perfecto, eterno é inmutable? ¿Ven acaso esta perfeccion en la idea de cada átomo en particular? Pero como cada átomo es enteramente distinto del otro, será preciso que cada uno sea eterno, é independiente de todos los demas. ¿Se incluye tambien esta perfeccion en la idea de cada átomo? Sin embargo, concedámosles cuanto quieran, y aun mas de lo que se atrevieran á pedir, y supongamos á medida de su voluntad, que los átomos son eternos, que existen por sí mismos, que no dependen de ninguna causa, y por consiguiente que tienen una perfeccion absoluta. ¿Tenemos tambien que suponer que se mueven por sí mismos? ¿y lo supondremos solamente para que formen á su antojo un sistema mas absurdo que los cuentos de las hadas y encantadoras?

Consultando la idea que tenemos de los cuerpos, los concebimos perfectamente, suponiéndolos en el estado de quietud; y la idea es tan clara como si los consideramos en el estado de movimiento: pues ellos conservan constantemente sus par-

tes, su figura, sus dimensiones &c. Es ocioso suponer que los cuerpos siempre se mueven sensible, ó insensiblemente; y que si algunos cuerpos se mueven menos que otros, por lo menos la masa total de la materia siempre ha tenido la misma cantidad de movimiento. Hablar así, es hablar al aire, y pretender que creamos todo lo que á ellos se les antoja. ¿De dónde sacan que la masa total de la materia siempre ha tenido la misma cantidad de movimiento? ¿Quién ha hecho la esperiencia? ¿Se puede dar el nombre de filosofía á un conjunto quimérico de suposiciones arbitrarias, que jamas se pueden verificar? ¿Pues qué, no hay mas que suponer cualquier absurdo, para eludir las verdades mas constantes y sencillas? ¿Por qué han de suponer, que todos los cuerpos se mueven sensible ó insensiblemente? Cuando yo veo una piedra enteramente inmóvil al parecer, ¿cómo me han de probar, que en ella no hay ni un solo átomo que no se esté moviendo? ¿Es posible que siempre que les pedimos una prueba concluyente, nos han de salir con una suposicion inverosímil?

Pasenños adelante, y supongamos, para darles gusto en todo, que todos los cuerpos de la naturaleza están en actual movimiento. ¿Se seguirá de eso que el movimiento es esencial á cada parte de materia? Ademas, si no se mueven todos los cuerpos igualmente, sino que los unos van con mas ve-

locidad, los otros con menos; si un mismo cuerpo unas veces se mueve mas aprisa, otras mas despacio; y si un cuerpo que se mueve comunica su movimiento á los cuerpos inmediatos que estaban en quietud ó solo tenian un movimiento insensible; no podemos menos de decir que este modo de ser, que ya se aumenta, ya se disminuye, no puede ser esencial á los cuerpos; porque lo que es esencial á alguna cosa, siempre está en ella del mismo modo. Debemos concluir, pues, que los cuerpos son perfectos en sí mismos, ó que tienen completa su esencia, aunque no tengan movimiento alguno: y si el movimiento no se incluye en su esencia, no pueden tenerlo sino accidentalmente; y no teniéndolo sino accidentalmente, hemos de subir hasta encontrar la causa verdadera de este accidente.

Es preciso, ó que los cuerpos se muevan á sí mismos, ó que haya alguna otra causa que les dé el movimiento. Es evidente que ellos no se dan el movimiento á sí mismos, porque nadie se dá lo que no tiene; y porque, como vemos todos los dias, si un cuerpo llega á quedarse quieto, jamas sale de aquel estado, hasta que algun otro viene á chocar con él: luego ningun cuerpo se mueve á sí mismo, ni se pone en movimiento hasta que hay otro cuerpo que se lo comunique. Pero ¿en qué consiste que un cuerpo puede mover á otro, y que una bola que va rodando por un plano no puede tocar á

otra sin moverla? ¿No podia haber sucedido tambien que el movimiento fuese incomunicable? En este caso, una bola movida se pararia cuando llegase á chocar con otra, y se destruiria el movimiento.

Me responderán tal vez, que las leyes del movimiento de los cuerpos demuestran que un cuerpo mueve á otro. Pero ¿dónde están escritas estas leyes del movimiento? ¿Quién las ha hecho y las observa tan inviolablemente? Ellas no son esenciales á los cuerpos; porque concebimos muy bien los cuerpos en el estado de quietud, y concebimos tambien que los cuerpos no se comunicarian el movimiento, si no los obligaran á ello estas leyes, cuyo origen ignoramos. ¿De dónde viene, pues, esta policía arbitraria en el movimiento de los cuerpos? ¿De dónde nacen estas leyes tan ingeniosas, tan exactas, tan bien combinadas entre sí, que si se alterasen en la mas pequeña parte, se trastornaria inmediatamente la armonía del universo?

Siendo cada cuerpo enteramente distinto de los otros, es por su naturaleza enteramente independiente de ellos; y así, ni debe recibir nada de ellos, ni debe ser susceptible de sus impresiones. Las modificaciones de un cuerpo no son una razon suficiente para que se modifique del mismo modo otro, que es del todo independiente de él. No tienen que decirme, que los cuerpos que tienen mas soli-

dez y masa, impelen á los que tienen menos. Ahora no hablamos de los hechos, sino que buscamos su causa. Los hechos son ciertos y constantes: es preciso que tengan una causa constante y cierta: busquémosla sin prevencion ninguna, y dejando á un lado todas nuestras preocupaciones. ¿En qué consiste que un cuerpo mayor comunica su movimiento á otro menor? Esta comunicacion de movimiento tambien podia seguir unas leyes contrarias; y aun podia suceder que un cuerpo, por mas sólido que fuera, no pudiese mover á otro; ó que el movimiento fuese incomunicable. La única cosa que nos hace juzgar así es la costumbre.

Ya hemos visto que la materia no puede ser eterna, ni tampoco infinita: hemos de llegar, pues, al primer átomo, que comenzó á moverse en un tiempo determinado, y á la primera combinacion que los átomos formaron cuando chocaron por la primera vez unos con otros. Pregunto, pues, ¿quién fué el que movió este primer átomo, y ajitó por la primera vez la máquina del universo? Una cuestion tan precisa y terminante no se ha de eludir acudiendo á un círculo sin fin. En un todo infinito, este círculo debe tener un principio y fin determinado: se me ha de señalar el primer átomo que se movió, el dia en que empezó á moverse, y el primer motor, cuya mano comunicó este primer impulso.

Debemos tener por arbitrarias todas las leyes del movimiento que no nacen necesariamente de la esencia de los cuerpos. Hemos visto ya, que á ningun cuerpo le es esencial un movimiento determinado: luego todas estas leyes, que nos venden como eternas é inmutables, son al contrario, arbitrarias, accidentales, é instituidas sin necesidad alguna: porque en las esencias de los cuerpos no encontramos la razon suficiente de ninguna de ellas. Si alguna de las leyes del movimiento fuese esencial á la materia, parece que lo habia de ser aquella que dice: Que los cuerpos que tienen poca masa y solidez, deben moverse cuando chocan con ellos otros mas sólidos y mayores: y sin embargo ya hemos visto, que en la esencia de los cuerpos no hay una razon para esta ley. Tambien hay otra ley, que parece muy natural, y es: que los cuerpos marchan siempre por la línea recta, no siguiendo la circular, sino cuando los obliguen á ello otros cuerpos que los aparten de la recta: y tampoco esta ley tiene ningun fundamento real en la esencia de la materia. Es el movimiento tan accidental y sobreañadido á la esencia de los cuerpos, que por mas que reflexionamos sobre la naturaleza de éstos nunca descubrimos en aquella una regla primitiva é inmutable segun la cual se deban mover.

Así como los cuerpos podian haberse estado

siempre quietos, ó haberse movido pero sin comunicarse unos á otros su movimiento; así tambien podia no haberse movido sino en línea circular: y les hubiera sido tan natural el moverse así, como el moverse en línea recta: ¿quién fué, pues, el que eligió una de estas dos direcciones, cuando las dos eran igualmente posibles? No fué la esencia de los cuerpos; luego ha debido ser el que les dió el movimiento que no tenian por su esencia. Tambien podia hacerse el movimiento, hácia arriba ó hácia abajo, hácia la derecha ó la izquierda, ó siguiendo la diagonal: ¿quién determinó la direccion que debia seguir la línea recta?

Pero vamos siguiendo á los epicúreos en todas sus suposiciones, por mas fabulosas que sean, y finjamos todo lo que ellos puedan desear. Hagamos el movimiento esencial á los cuerpos: suponemos tambien, como ellos dicen, que es esencial á los átomos el moverse en línea recta: demos inteligencia y voluntad á los átomos, como hacian los poetas con los rios y montes: dejémosles tambien que elijan la direccion que ha de tener la línea recta, por donde comenzarán á moverse. ¿Qué partido sacarán estos filósofos de que les háyamos concedido todo esto, que es evidentemente falso? Hecha esta suposicion, será preciso decir: 1.º que los átomos se han movido por toda la eternidad: 2.º que todos se han movido igualmente:

3.º que todos han caminado en línea recta: 4.º que todo esto lo han hecho en virtud de una ley esencial é inmutable que han seguido.

Tambien quiero hacerles la gracia de suponer, que los átomos son de diversas figuras: porque estoy empeñado en dejar suponer á los contrarios todo lo que deberian probar, aunque tienen la desgracia de no poder probar nada de cuanto suponen. Por mas suposiciones que les dejemos hacer, jamas podrán inferir nada de todas ellas: al contrario, cuanto mayores son los absurdos que les concedemos, mas fácilmente se enredan con sus mismos principios.

Estos átomos de tantas y tan distintas figuras, cuadrados, redondos, triangulares, curvos, &c., por su misma esencia están obligados á caminar siempre por línea recta, sin declinar jamas á un lado ni á otro: con que no podrán jamas engancharse, ni formar combinacion alguna. Supóngase enhorabuena una multitud de ganchos, los mas finos que puedan ser; si no hacen mas que moverse en línea verdaderamente recta, por toda la eternidad, no harán mas que moverse por líneas paralelas, juntos, sí, pero sin alcanzarse ni enlazarse jamas. Dos líneas rectas, si son paralelas, por mas juntas que estén, jamas se cortarán, aunque las prolonguemos al infinito. Y así, en virtud de este movimiento, no se verificará por los siglos

de los siglos que los átomos lleguen á engancharse y á formar siquiera una sola combinacion.

Como los epicúreos no pueden cerrar los ojos á un inconveniente, que es tan palpable, y socavo los fundamentos de su sistema, han inventado lo que Lucrecio llama el *clinámen*: que es el último recurso de su sistema. El *clinámen* es un movimiento con el cual los átomos se desvían un poco de la línea recta, y pueden encontrarse. Así juegan los epicúreos con los átomos, haciendo de ellos cuanto les puede traer alguna utilidad. Pero ¿de dónde sacan esta pequeña inflexion de los átomos, que viene tan á tiempo á salvar el sistema? Si á los átomos les es esencial moverse por línea recta, es imposible desviarlos de ella; y por consiguiente es imposible juntarlos en toda la eternidad: y así el *clinámen* viola la esencia de la materia, y estos filósofos se contradicen sin pudor. Si al contrario, no les es esencial á los cuerpos el moverse por línea recta, ¿por qué están decantando con tanta satisfaccion las leyes eternas, necesarias é inmutables, con que se han de mover los átomos, sin que haya necesidad de acudir á un primer motor? ¿Y por qué edifican un sistema filosófico sobre unos fundamentos tan ridículos y fabulosos? Sin el *clinámen* para nada sirve la línea recta, y el sistema no puede subsistir: con el *clinámen*, inventado como las fábulas de los poetas,

se destruye la línea recta, y el sistema es una extravagancia. Lo uno y lo otro [el *clinámen* y la línea recta] son suposiciones quiméricas y puros sueños: pero son unos sueños que se destruyen mutuamente. En esto viene á parar la libertad desenfrenada que se toman estos hombres de vendernos por verdades eternas todo lo que su imaginacion les sugiere, para forjar una fábula, al mismo tiempo que no quieren reconocer ni ver el arte marivilloso con que se han formado y colocado en sus respectivos lugares las partes que componen el universo.

Para que el estravío de estos filósofos llegase hasta el último extremo, solo faltaba que se atreviesen á explicar tambien con el *clinámen* (que es tan inesplicable en sí mismo) lo que llamamos el alma racional ó el libre albedrío. Pues sin embargo, se han visto obligados á decir, que la voluntad del hombre consiste en un movimiento que pone á los átomos como en equilibrio entre la línea recta y la inclinada. ¡Qué filosofía tan extraña! Si los átomos van por línea recta, son inanimados é incapaces de conocimiento y voluntad: y si esta línea llega á torcerse un poco, al instante comienzan los átomos á vivir, entender y raciocinar; y ya son unas almas racionales que conocen, reflexionan, deliberan, y tienen libertad en todas sus acciones. ¿Puede darse una metamórfosis mas

absurda? ¡Qué dirian de la religion, si fuera necesario probarla con unos principios tan pueriles y tan absurdos como los que suponen estos filósofos, que se atreven á impugnarla de veras!

Pero reflexionemos cómo se engañan estos hombres á sí mismos. Díganme, qué pueden encontrar en el *clinámen*, que sirva para explicar con alguna verosimilitud la libertad del hombre. Esta libertad no es imaginaria: para dudar de nuestro libre albedrío es preciso dudar de la verdad mas cierta y mas íntima de nuestra conciencia. Cuando yo me levanto para andar, sé que tengo libertad para **estarme** sentado; y lo siento con una certidumbre tal, que por mas esfuerzos que haga, jamas podré ponerlo seriamente en duda; y me desmentiria á mí mismo, si me atreviera á decir lo contrario. ¿Es posible dar una prueba mas evidente de la religion? Para dudar de la divinidad, es preciso dudar hasta de nuestra misma libertad. Por eso creo yo que es imposible dudar seriamente de la existencia de Dios, porque nadie puede dudar seriamente de su libertad. Al contrario, si convenimos de buena fé en que los hombres son verdaderamente libres, no hay cosa mas fácil que formar una demostracion, probando que la libertad del hombre no puede ser un efecto de las combinaciones de los átomos.

Si no hay un primer motor que haya dado á la



materia unas leyes arbitrarias para que se mueva, es preciso que el movimiento sea esencial á los cuerpos, y que todas las leyes del movimiento sean tan necesarias como lo son las esencias y las naturalezas de las cosas: y, segun este sistema, todos los movimientos de los cuerpos se harán por unas leyes constantes, necesarias é inmutables. Así la línea recta será esencial á todos los átomos que no han chocado con otros que los desviasen de ella: y tambien les debe ser esencial el seguir una direccion determinada, por ejemplo, hácia arriba, hácia abajo, ó por la diagonal, &c.

Por otra parte, es evidente que ningun átomo puede apartarse de su camino por mas que choque con otro: porque tambien este otro tiene en su esencia una determinacion eterna é invencible, para seguir la línea recta en la misma direccion. De donde se sigue, que todos los átomos que al principio se colocaron sobre diferentes líneas, deben seguir perpetuamente estas líneas paralelas sin aproximarse jamas: y que los que estaban en una misma línea se seguirán eternamente sin alcanzarse jamas. El *clinámen*, como ya hemos dicho, es manifestamente imposible; pero si contra toda la evidencia lo suponemos, entonces habrá de ser tan necesario, inmutable y esencial á los átomos, como la línea recta.

¡Habrá quien se atreva á decir que una ley esen-

cial é inmutable del movimiento local de los átomos puede servir para explicar la verdadera libertad del hombre? ¡Quién no ve que para este efecto tan inútil es el *clinámen* como la línea recta? El *clinámen*, aun suponiendo que fuera cierto, seria tan necesario como la línea perpendicular que sigue una piedra, que cae de lo alto de una torre. ¡Quién dirá que esta piedra tiene libertad al caer? Pues no tiene mas libertad la voluntad del hombre, segun el principio del *clinámen*. ¡Cómo habrá hombres, que por no reconocer á su Dios, tengan valor para desmentir así el testimonio de su corazon y de su conciencia respecto del libre albedrío?

Decir que la libertad del hombre es imaginaria, es sofocar la voz y el sentimiento de toda la naturaleza; es desmentirse á sí mismo sin vergüenza; es negar la verdad mas cierta que tenemos en el corazon; y es querer reducir á un hombre á que crea que, aunque todos los dias esté deliberando seriamente qué partido elegirá entre dos ó mas que se le presentan, nunca ha tenido ni tiene verdadera libertad para elegir. No hay cosa mas gloriosa para la religion, que el ver los monstruosos excesos en que es preciso caer, cuando queremos poner en duda lo que ella nos enseña.

Confesar que el hombre es verdaderamente libre, es reconocer en él un principio, que nunca se

puede explicar con las combinaciones de los átomos, ni con las leyes del movimiento local; leyes que, negando un primer motor, no pueden dejar de ser necesarias y esenciales á la materia. Es, pues, preciso levantarse sobre toda la masa de la materia, y buscar, lejos de los átomos y de sus combinaciones, un principio incorpóreo con que se pueda explicar el libre albedrío, si lo llegamos á reconocer de buena fé.

Todo lo que es materia y átomos, no se mueve sino con unas leyes necesarias, inmutables é invencibles. La libertad no puede nacer ni de los cuerpos ni del movimiento local: hemos de buscarla, pues, en algun sér incorpóreo. Este sér incorpóreo debe encontrarse en mí, y está unido á mi cuerpo: ¿qué mano será la que lo ató y sujetó á los órganos de una máquina corporal? ¿Dónde está el artífice que sabe unir naturalezas tan distintas? ¿No es preciso reconocer un poder superior á los espíritus y á los cuerpos, que sepa hacer esta union con un imperio tan absoluto?

Dos átomos curvos, dice un epicúreo, se enganchan. Eso es falso, segun su sistema: ya he demostrado que nunca se pueden enganchar, porque nunca llegan á juntarse; pero aun cuando dos átomos se alcanzasen y se uniesen, deberán confesar los epicúreos, que un sér racional que es libre en sus operaciones, y que por consiguiente no es un

conjunto de átomos movidos por leyes necesarias, no ha podido engancharse con el cuerpo que anima. Así, á cualquiera parte que se vuelvan los epicúreos, no hacen mas que arruinar con sus mismas manos su sistema. Pero no por eso pretendemos confundir y avergonzar á unos hombres que se engañan: nosotros somos hombres como ellos é igualmente espuestos á engañarnos: tengámosles compasion; pidamos á Dios por ellos: pensemos en edificarlos y en instruirlos con paciencia, hasta que los hagamos ver una verdad evidente,

